

El Mundo en la *Monadología* de Leibniz

The World in the Leibniz's *Monadology*

Por: Andrés Roa Pérez
Universidad de los Andes
aa.roa886@uniandes.edu.co
Recepción: 29.03.2017
Aprobación: 07.06.2017

Introducción

En la *Monadología* Gottfried Leibniz realiza la exposición de su sistema filosófico que intenta resumir en una publicación de 90 párrafos. El punto central de este sistema es la defensa de ciertas sustancias simples llamadas Mónadas. Aquellas sustancias parecen ser el resultado de la necesidad de Leibniz por justificar la existencia de algo que no pueda seguir siendo dividido en elementos materiales y que, por lo tanto, deba ser su fundamento último. Esto encuentra su razón de ser en que cuando tenemos un objeto material podemos pensar siempre en su división en objetos de una simplicidad cada vez mayor. Lo anterior lleva al filósofo a postular una entidad inmaterial como el necesario sustento de toda materialidad, la que sería consecuencia de un agregado de estas entidades simples. En el escrito presente se intentará ofrecer una explicación de los postulados que desarrolla el autor acerca de la composición del Mundo en términos de estas entidades. Al mismo tiempo, se ofrecerá un punto que puede resultar problemático para entender el proyecto metafísico del autor.

1. La Mónada como sustancia simple

En primer lugar, la *Monadología* ofrece una breve exposición de lo que se debe entender con el término de Mónada. Esta es una sustancia que comprende lo más simple que puede existir y que además conforma todo lo compuesto. Así, lo anterior es una consecuencia de asumir en el segundo párrafo de la obra que existen compuestos que deben ser divisibles en partes más simples. (Leibniz, 1982, p.607).¹ En este sentido, en tanto las Mónadas son determinadas como lo más simple, no pueden tener una extensión, figura o divisibilidad (Leibniz, 1982, p.607). Esto en tanto si las Mónadas tuvieran extensión siempre se podrían dividir de nuevo

¹ La obra de Leibniz será citada de acuerdo con la siguiente traducción: Leibniz, G. (1982). *Escritos filosóficos*. Buenos Aires: Editorial Charcas.

y tendríamos que postular otra entidad más simple que esta. Ahora bien, si las Mónadas no tienen extensión surge el problema de cómo se explicará que a partir de lo que no tiene extensión alguna puedan surgir compuestos como las sustancias que percibimos comúnmente, a las cuales no dudamos en aginar una extensión determinada. Frente a este problema el autor intentará ofrecer algunas aclaraciones en los párrafos que examinaremos más adelante.

Siguiendo con la exposición inicial se defenderá que debido a que las Mónadas no son formadas por composición, estas tampoco encuentran su origen y fin a causa de la naturaleza. En cambio, estas son formadas por creación y concluyen por aniquilación. Lo anterior es una consecuencia de asignarles a las Mónadas la indivisibilidad, puesto que contrario a estas, en la naturaleza las sustancias se forman como un agregado de distintas partes que llegan a formarse a partir de una cierta modificación de los elementos. Esto no ocurre con las Mónadas, en tanto que al ser sustancias simples no se les puede asignar una modificación a partir de un agregado o una pérdida de elementos. Entonces, su origen y aniquilación en algo distinto y externo a los objetos compuestos que encontramos en la naturaleza.

Además, para Leibniz estas entidades no pueden ser alteradas en su interior por otra sustancia o accidente, incluyendo cualquier otra Mónada. Como en el párrafo precedente, donde veíamos que Leibniz es llevado a afirmar que estas comienzan por creación y concluyen por aniquilación, lo anterior es una consecuencia de la indivisibilidad que implica el ser una sustancia simple. Al ser simples no pueden ser afectadas por algo externo a ellas puesto que esta modificación implicaría agregar o restar algo en el interior de una entidad que por su definición es una unidad. Es por esto que Leibniz afirma que las Mónadas “[...] no tienen ventanas por las cuales pueda algo entrar o salir” (Leibniz, 1982, p.608). Sin embargo, esto no implica que no tengan cualidades, puesto que, si las Mónadas no tuvieran cualidad alguna no podrían ser seres y las sustancias simples no se podrían diferenciar unas de otras. Ahora bien, si estas unidades simples no se pudieran diferenciar tampoco podríamos apreciar seres distintos en la naturaleza, puesto que en tanto compuestos por Mónadas idénticas estarían formados por los mismos constituyentes primarios y no se apreciaría variedad.

2. El principio interno de cambio

Además de lo anterior, Leibniz toma como cierto el que todo ser está sujeto al cambio, por lo que el mismo debe presentarse en las Mónadas de forma continua. Si las Mónadas no

tienen partes y no se les puede agregar o restar algo, ¿cómo es posible este cambio? Leibniz responde a lo anterior postulando la existencia de un “principio interno” (Leibniz, 1982, p.609) que posibilita el mismo, lo cual es lo único que puede proponer para no contradecir la simplicidad de cada Mónada. Asimismo, a este principio interno se le agrega lo que llamará un “detalle de lo que cambia” (Leibniz, 1982, p.609) lo cual explica la variedad misma de las Mónadas. Este detalle es aquella constitución que permite en últimas diferenciar una Mónada de la otra. Ahora bien, el párrafo 13 de la obra complica el entendimiento de las Mónadas porque, aunque el filósofo reconoce que nada puede ser aumentado o disminuido en las mismas del mismo modo que en los objetos que vemos en la naturaleza, este las compara con estos objetos para establecer que, al igual que estos, algo también debe variar y algo se debe mantener dentro de la Mónada. Lo anterior se da a entender en los siguientes términos:

[...] Ese detalle debe envolver una multitud en la unidad o en lo simple. Pues como todo cambio natural se realiza por grados, algo cambia y algo queda; y por consiguiente en la sustancia simple tiene que haber una pluralidad de afecciones y de relaciones (rapports) aunque carezca de partes (Leibniz, 1982, p. 609).

Debido a esto se postula que, aunque las Mónadas no tengan partes, algo siempre varía y algo más permanece en las mismas debido a una pluralidad de relaciones. Esta pluralidad es lo que constituye un estado pasajero que permite la multiplicidad en la Mónada y es lo que debe entenderse en los términos del autor como la *percepción*. El término *percepción* debe entenderse en este texto como un estado de la Mónada que en todo caso es pasajero, puesto que Leibniz reconoce en el párrafo 10 que todo ser creado está sujeto al cambio (Leibniz, 1982, p.608). Ahora bien, además de postular el principio de cambio que permite el paso de un estado a otro (*percepciones*), se postula además que la acción de este principio es lo que se debe llamar una *apetición*. Sin embargo, además de lo anterior, Leibniz presenta una oscura formulación cuando reconoce que “es cierto que el apetito no siempre puede alcanzar completamente toda la *percepción* a que tiende, pero siempre obtiene algo de ella y llega a *percepciones* nuevas” (Leibniz, 1982, p.609). Esto parece indicar que la acción que cambia la Mónada de un estado a otro no siempre es totalmente satisfactoria. Sin embargo, igualmente produce un cambio que permite una *percepción* distinta a su estado anterior y al que pretendía.

Para clarificar el término de la percepción, este estado que permite la multiplicidad en la unidad de la Mónada, el autor explica que no se debe entender en términos mecánicos como piezas en un sistema compuesto. Esto en tanto la sustancia simple que conforma la Mónada es de una naturaleza distinta a cualquier compuesto como lo es un cuerpo en el que hay diferentes partes y relaciones entre las mismas. La percepción es para Leibniz el estado de la Mónada, el cual cambia por un principio interno que no debemos confundir con la forma como creemos funcionan los demás objetos, en tanto estos últimos son los compuestos de las sustancias simples. Puesto que no podemos explicar la percepción con términos mecánicos surge para Leibniz la necesidad de afirmar que cada Mónada es una *entelequia* (Leibniz, 1982, p.610). Como se clarifica en las notas de la edición de Ezequiel de Olaso, aunque este término fuera usado por Aristóteles para referirse a un estado de perfección, para Émile Boutroux, filósofo francés del siglo XIX, en Leibniz se debe entender como una tendencia entre la potencia y el acto (como se cita en Leibniz, 1982, p.610). Lo anterior significa que las Mónadas tienen cierta tendencia a la perfección preestablecida en una potencia que se encuentra en cada una de estas y determina su propia constitución. Además de lo anterior, las Mónadas también expresan una suficiencia puesto que deben ser fuentes de sus propias acciones. Esto en tanto, como ya se estableció, una sustancia distinta o accidente no puede alterar a la sustancia simple. La Mónada es entonces como explica Leibniz un “*autómata incorpóreo*” que tiene determinado en su interior el paso de un estado a otro sin que se realice un intercambio con alguna otra Mónada.

3. Los diferentes tipos de Mónadas

Ahora bien, el siguiente paso en el sistema de Leibniz es introducir el alma como un tipo de Mónada que tiene una percepción más distinta y que tiene memoria. Para el autor, existen diferentes tipos de Mónadas y reconoce que el alma la debemos entender como algo más que una unidad simple con una percepción ciega. El alma será así una Mónada con una percepción distinta que además tiene memoria de sus estados anteriores, contrario a una Mónada desnuda, en la cual solo encontramos una percepción o estado irreflexivo. Esta capacidad del alma para tener reflexión sobre sus anteriores percepciones es lo que ocurre cuando realizamos la acción que el autor llama *apercebir*. Cuando *apercebimos* estamos siendo conscientes de los estados internos (percepciones), contrario a las Mónadas desnudas

que parecen no tener conciencia. Es de este modo que [...] “Conviene distinguir entre la *percepción*, que es el estado interno de la Mónada que representa las cosas externas, y la *apercepción*, que es la *conciencia*, o el conocimiento reflexivo de ese estado interior” (Rovira, 2006, p.34).

De lo anterior conviene establecer que en todas las Mónadas siempre existen percepciones, las cuales varían continuamente, pero no se da siempre la conciencia o *apercepción* de las mismas. Ahora bien, las almas se encuentran tanto en los animales como en los seres humanos debido a que en los animales se puede observar la memoria de percepciones anteriores. Lo anterior lo explica Leibniz con el ejemplo de un objeto que en el pasado provocó daño a un perro y que por costumbre éste relaciona con el dolor de la experiencia pasada. De este modo se puede decir que debido a que reacciona cuando se le presenta este objeto nuevamente, este debe tener memoria de un estado o percepción anterior. Sin embargo, los animales difieren de los seres humanos en tanto los últimos poseen un alma que además de tener memoria es racional. Así, para Leibniz el humano es capaz de conocer las verdades necesarias y eternas que permiten las ciencias y el conocimiento tanto de nosotros mismos como de Dios. (Leibniz, 1982, p.613). Nos encontramos entonces con tres tipos de Mónadas: las Mónadas desnudas que solo tienen percepción, las almas que tienen una percepción distinta y memoria y los espíritus o almas con razón que le pertenecen al ser humano. En seguida, Leibniz nos dirá que encontramos entre los razonamientos de esta Mónada racional principios como el de contradicción² y razón suficiente³ (Leibniz, 1982, p.613). A lo anterior se deben agregar los principios primitivos que no necesitan probarse, como lo es el principio de identidad que expone en el parágrafo 35. (Leibniz, 1982, p.614).

4. La armonía preestablecida de las Mónadas a través de Dios

Ahora bien, la anterior exposición sobre el razonamiento particular al alma racional del hombre sirve al autor para introducir en el parágrafo 38 de la *Monadología* el concepto de Dios. En primer lugar, Leibniz explica que en tanto seres racionales reconocemos las

² “[...] en virtud del cual juzgamos que es *falso* lo que encierra contradicción y *verdadero* lo que se opone a lo falso o es contradictorio con lo falso” (Leibniz, 1982, p.613).

³ “[...] en virtud del cual consideramos que ningún hecho puede ser verdadero o existente, ninguna enunciación puede ser verdadera, sin que haya una razón suficiente para que sea así y no de otro modo” (Leibniz, 1982, p.613).

verdades de hecho, a las que accedemos por medio de la reflexión acerca de las cosas que ocurren en la naturaleza. Sin embargo, también vemos que los hechos se pueden explicar por una serie de causas que podrían llegar a ser ilimitadas gracias a “[...] la variedad inmensa de las cosas de la naturaleza y a la división de los cuerpos hasta el infinito” (Leibniz, 1982, p.614). En tanto hay una cantidad ilimitada de causas eficientes para un acto cualquiera, debe existir una razón suficiente que no se encuentra en esta serie ilimitada. Este tipo de razonamiento nos lleva a postular la existencia de Dios, quien es la razón última y sustancia necesaria para todos los cambios en los estados o percepciones de lo que existe. Esto constituye para Leibniz una prueba *a posteriori* de la existencia de este. (Leibniz, 1982, p.616) Al mismo tiempo, la prueba *a priori* de su existencia se fundamenta en que, al reconocer a Dios como ser ilimitado, y no poseer ninguna negación o contradicción, nada puede impedir su posibilidad. Puesto que esta sustancia es ilimitada y contiene toda la realidad que es posible, también es perfecta. Si en las esencias o en las posibilidades hay algún grado de realidad, esta debe provenir de la fuente de toda existencia. Al ser Dios el origen de toda existencia se puede decir que también lo es de toda posibilidad, puesto que en esta hay siempre algo de realidad.

La evidencia que presenta Leibniz sobre la existencia de Dios lo lleva a considerar a este como el creador de todos los tipos de Mónadas a las que ya nos hemos referido: Mónada desnuda, alma y espíritu (alma racional). Estas se crean por las emanaciones de esta sustancia simple original que es Dios y son limitadas en tanto lo único ilimitado es este Ser supremo. Ahora bien, en este aspecto se puede plantear el interrogante de cómo se puede pensar esta limitación en unas entidades que por su constitución misma no tienen extensión. Se hace evidente el carácter complejo de unas entidades que son limitadas de un modo determinado, aunque no tienen extensión alguna. Más adelante Leibniz realiza una cierta correspondencia entre Dios y las Mónadas explicando que a aquel le corresponde un poder como fuente de todo, un conocimiento que es el detalle de las ideas y una voluntad que efectúa los cambios en la Mónada con base al principio de lo mejor (Leibniz, 1982, p.616). Esto se corresponderá en calidad de imitaciones en las Mónadas con el sujeto, la facultad perceptiva y la facultad apetitiva.

Asimismo, una Mónada puede ser más perfecta que otra en tanto pueda dar razón *a priori* de esta, pero no es de ninguna forma una acción de una Mónada sobre la otra. Puesto que ya vimos que las Mónadas no interactúan físicamente con las demás, la forma en la que se relacionan las unas a las otras es solo de manera ideal a través de Dios. Este las ha tenido en cuenta en la creación de las demás Mónadas por lo que se entiende una relación entre estas a partir de una armonía preestablecida por Dios con las demás. En tanto las Mónadas son distintas por la armonía establecida por Dios, lo que es activo en una será desde el punto de vista de otro pasivo. Esto ocurre de este modo porque el ser supremo al acomodarlas de la mejor manera ha producido este tipo de perspectiva distinta en cada Mónada que por disposición de este es limitada. Por esto afirma Leibniz que algo es activo en una porque gracias a que esta se da en razón de otra.

5. El mejor Mundo posible

Debido a lo anterior nos encontramos con una armonía preestablecida por Dios en la creación que implica que este debe ser el mejor Mundo posible. Esto se justifica en tanto todas las posibilidades existen en las ideas del ser supremo, y por lo tanto toda configuración de lo posible. Así, la razón por la que el Mundo en el que vivimos es de cierto modo, frente a las demás posibles configuraciones, es que es la forma más perfecta. Para Leibniz, cada una de estas posibilidades de un mundo parece contener un grado de perfección que fue mayor en el Mundo que se dio efectivamente. Esta perfección es alcanzada así debido a la disposición armoniosa de Dios con todo lo que existe, encontrándose en esto las Mónadas como los elementos de todo compuesto. Ahora bien, precisamente por esta articulación armoniosa es que el autor considera que las Mónadas tienen relaciones que expresan a las demás (Leibniz, 1982, p.618). Por lo anterior, en este universo, que tiene el mayor grado de perfección posible, cada una de las sustancias simples que lo componen refleja lo demás. Es así que cada Mónada se dice es espejo del universo. Cada componente del universo está relacionado porque Leibniz también considera que no existe el espacio vacío, y por lo tanto no hay nada en el mundo que no esté reflejado en cada Mónada. En cada Mónada se expresan así las relaciones con todo otro componente del universo.

Frente a una posible distinción entre Mundo o universo, en tanto encontramos ambos términos en la traducción utilizada, es pertinente la siguiente cita en la que parecen tratarse como términos equivalentes:

Llamo *Mundo* a toda la serie y a toda la colección de todas las cosas existentes, a fin de que no se diga que podrían existir muchos Mundos en diferentes tiempos y diferentes lugares. Pues todos en conjunto deberían valer por un Mundo o, si se prefiere, por un universo (Rovira, 2006, p. 76).

Así, podemos entender el Mundo en Leibniz como la totalidad que se da gracias a la voluntad de Dios, configurada a partir de las sustancias simples llamadas Mónadas, cada una de las cuales refleja a las demás en cuanto a que cada una es parte de una armonía preestablecida. Sin embargo, este Mundo se nos presenta de manera diferenciada para nuestra propia alma racional y para toda Mónada en tanto cada una tiene una perspectiva distinta. Es decir, en tanto cada Mónada es limitada, puesto que lo único perfecto es Dios, esta tiene un punto de vista determinado de la totalidad de lo que existe. Por esto para las Mónadas lo que existe no se diferencia en cuanto a un objeto distinto, sino a la perspectiva particular que determina el conocimiento del objeto. En esta medida, “Todas se dirigen confusamente al infinito, al todo, pero son limitadas y se distinguen por los grados de las percepciones distintas.” (Leibniz, 1982, p.619). De este modo, la Mónada percibe la totalidad de una manera confusa y solo puede hacerlo de manera más distinta en lo más próximo a la misma, es decir, en el cuerpo que está relacionado a la propia Mónada por disposición de Dios.

Vemos así que ahora se indica la atribución a la Mónada de una relación con un cuerpo, es decir, de un elemento físico. Ahora bien, el autor afirma que este cuerpo es lo que se conoce como ser viviente y que, si es una Mónada con memoria, es decir, un alma, que tiene esta relación armoniosa con un cuerpo, es lo que se conoce como animal. El cuerpo es introducido de este modo como algo orgánico en tanto viene a representar la percepción (estado) de una Mónada. Ahora bien, extrañamente afirma Leibniz en el parágrafo 65 que este cuerpo es divisible infinitamente. (Leibniz, 1982, p.620) ¿Se debe entender entonces que el cuerpo puede ser dividido físicamente sin fin y que de alguna forma las entidades inextensas que llama Mónadas están en armonía con todas estas partes? Lo anterior es perplejo porque precisamente la Mónada se constituye en la primera parte de la obra como aquella unidad

inmaterial que tiene que ser la base de todo compuesto físico. Pero al parecer este compuesto físico puede ser dividido sin fin, aunque en el fondo exista este reino misterioso de las Mónadas que encuentra una armonía constante con los elementos físicos pese a sus divisiones.

Sin embargo, a lo dicho anteriormente Leibniz agregará que, con respecto a un cuerpo de un animal, aunque se pueda dividir su materia infinitamente y este cuerpo guarde relación con las Mónadas que lo conforman, siempre existe una de estas que será la dominante, la cual se conoce como el alma. Si recordamos lo expuesto al principio, el alma es aquella Mónada que consta de una percepción diferenciada y además tiene memoria. Además de esto, el autor también quiere afirmar que esta Mónada dominante nunca está totalmente separada de lo físico, y en esta medida rechaza la concepción de Descartes acerca de la posibilidad de la existencia del alma sin el cuerpo. Es ahora peculiar como Leibniz plantea que el alma se encuentra ya en los animales y que hay una clase de estos conocidos como *espermáticos* que fueron creados para que por disposición divina pasen a ser un animal más grande. Al mismo tiempo, la unión del alma y el animal se encuentra fundamentada en la armonía preestablecida por Dios del reino físico y el reino del alma. El primero del cuerpo físico opera según las causas eficientes y los movimientos, mientras el reino del alma opera según las apeticiones, fines, medios y causas finales (Leibniz, 1982, p.623).

Finalmente, el sistema de Leibniz concluye con un examen sobre los espíritus, que como vimos anteriormente son las Mónadas particulares al ser humano que tienen percepción, memoria y razón. El ser humano parte entonces como uno de esos animales que identifica como *espermáticos*, elegido por Dios para elevarse al grado de la razón. Asimismo, como vimos en los primeros argumentos del texto, es por ser este tipo de animal que podemos conocer los principios racionales que nos llevan a reconocer la existencia de Dios. Ahora bien, esto implica que como seres elegidos nos encontramos en una relación especial con el ser creador por lo cual además de que nuestro espíritu sea espejo del Mundo también somos de cierto modo imágenes de la divinidad. Esto lo llama también Leibniz una sociedad con Dios, en la cual este es el “príncipe para sus súbditos y padre a sus hijos” (Leibniz, 1982, p.624).

Lo dicho anteriormente nos lleva al Mundo moral que permite la reunión de estos espíritus con Dios. Es en este Mundo, considerado desde el punto de vista moral, que se desarrolla la

armonía junto con el mejor Mundo posible, aquella alineación predeterminada por Dios de las Mónadas y lo físico. De este modo, el sistema del filósofo concluye con que, así como la Mónada se relaciona con lo físico a partir de la armonía de la creación, el espíritu, al mismo tiempo alma racional del hombre, permite la configuración de un Mundo moral que tiene su propia armonía con el reino físico.

6. Conclusión

Con lo expuesto anteriormente nos encontramos con que la referencia a Dios es lo que mantiene la consistencia en un sistema intrincado sobre la naturaleza del Mundo que es problemático al exponer de forma precisa cómo es que todo lo extenso se compone por lo inextenso. Leibniz nos ofrece una sustancia simple, la Mónada, que debe ser el constituyente de todo lo compuesto que existe. Sin embargo, su relación con el cuerpo se desarrolla de una manera paradójica en tanto el vínculo de cada Mónada con lo físico pareciera explicarse solo por una armonía determinada por Dios. La referencia a este pareciera ser la única alternativa que tiene el planteamiento del autor para dar cuenta de la relación entre lo inmaterial y lo material. Así, con el sistema de Leibniz se puede decir de cierto modo que hay algo inextenso que de alguna manera *determina* lo extenso. Esta sustancia simple, la Mónada que determina lo físico puede así interpretarse como una clase de fuerza, lo cual puede ayudar a comprender lo que quiere decir Leibniz con que es fundamento de lo extenso, pero no es divisible en partes. Es en este sentido en que se puede entender mejor el planteamiento de este cuando expresa que la Mónada es la “sustancia simple que integra los compuestos” (Leibniz, 1982, p.607).

Lo que puede implicar el mejor Mundo que propone Leibniz es que ya estamos determinados por nuestra constitución interna. En tanto hay una configuración establecida por Dios de las causas eficientes que actúan en el plano físico, así como una determinación de la forma en la que se comportan las Mónadas, nos encontramos en un plano diseñado a manera del mejor Mundo posible por esta entidad superior. Nuestras acciones están configuradas de entrada porque hay una armonía de la Mónada, que es nuestra alma racional, con el plano físico desde su creación. Este Mundo, entendido como todo lo que existe, está compuesto por las Mónadas como constituyentes inmatriciales de todos los demás elementos. Al no haber efecto alguno de una Mónada sobre la otra, las modificaciones que observamos se deben a un Principio de

cambio que ha dispuesto Dios de una forma en la que se alcanza la mayor perfección posible y por lo tanto la mayor felicidad para el ser humano. Esto conlleva a que en cada constituyente primario que es la Mónada se refleja la armonía con todo lo demás, y en el caso del alma racional de Leibniz esta es imagen del universo y de la misma divinidad.

Referencias

Leibniz, G. W. (1982). *Escritos filosóficos*. Buenos Aires: Editorial Charcas.

Rovira, R. (2006). *Léxico fundamental de la Metafísica de Leibniz*. Madrid: Editorial Trotta.